



PAGINAS LITERARIAS

ESCENAS • AN~
~DALUZAS • POR
SERAFIN • ESTE~
~BANEZ • CALDE
RON • EL • SOLITARIO •



ESCENAS ANDALUZAS

POR

SERAFIN ESTEVANEZ CALDERON

(EL SOLITARIO)

Asamblea general de los caballeros y damas de Triana, y toma de hábito en la orden, de cierta rubia bailadora.

El día de la convocatoria era domingo; la hora fué al punto del crepúsculo vespertino, y el lugar en cierta casa ubicada en la capital del mundo, cabeza visible de la España—el barrio de Triana—con frontispicio a la calle *Non plus ultra*, que es la de Castilla, y con tapiales al mar de los ríos y al río de la gloria, quinto del Paraíso, a quien al presente los nacidos llamados Guadalquivir.

La puerta que llevaba al zaguán y a los aposentos bajos de la casa se cobijaba con dos herminosos parralles de una pámpana verde, vivida y luciente, que se confundía con los vástagos de muchos jazmines altos y enredados por las paredes de la cerca. Con los jazmines, la madreselva y la pasionaria se enredaban confundidas, ostentando éstas su morado ribete y aquéllas sus perfiles albos y olorosos. En los arriates de en medio crecían varios caramulcos y mirabeles, si coronados éstos de sus ramos de nácar y oro, aquéllos lloviendo sus glóbulos de topacio que resallaban más entre los tallos de limoneros, cidros y naranjos vestidos de azahar que se mecían pomposamente al viento. Número sin cuento de liestos y macetas de flores se levantaban al frente en anfiteatro, colocados en andenes de tablas invisibles a los ojos por los festones de ramaje y verdura que de todas partes rebosaban y se desprendían.

A más andar declinaba la tarde, y se dejaba sentir el cefirillo que a tal hora rasando las aguas sube travesando río arriba del Guadalquivir, trayendo consigo el consuelo y la frescura. En este punto entraba por la puerta del jardín cierta persona, que por su traza singular y por venir como de guía de gran séquito y acompañamiento, exige con razón punto redondo y párrafo aparte.

El entrante era ya en verdad de edad proveya y aun madura; la cara no era nada desagradable: ovalada, con ojos negros, vivos e inteligentes, con la nariz regular, con boca ancha, pero dejando ver regulares y blancos dientes, con la frente levaniada y bien calzada de pelo, y con cierto gesto de autoridad afectada, pero por nadie contradienda, daban al todo de la persona las alueras y exterior de algún patriarca de aviesa y enrevesada laya. Un pañuelo de hierbas doblado—cuidadosamente como para el cuello, rodeaba la cabeza con cierto primor y lisura para dar entrada ajustada al sombrero

calañés de ala estrecha y copa encaramada que, con faja de tercielón negro y pespunte y rapacejos azules, daban cima y corona a esta nuestra figura del primer término. Un marsellés rico, con mangas primorosamente bordadas y golpes de sedería en lugar correspondiente, cobijaba sus brazos y espaldas, dejando ver por los remates de todo el ruedo, caídas, solapas y cuello, la ancha franja de pasamanería, en donde resaltaban en esmerada labor y prolijo dibujo de sedas de varios y vivos matices, todos los encuentros, grupos, lances y suertes de una corrida real de toros, desde el enchiqueramiento de las fieras hasta el trance del cachelín y el arrastradero de las mulillas y calescriños. El marsellés era, en verdad, lo que nosotros los hombres llamamos una prenda de rey. El jubetin era morado y muy abierto, dejando ver la camisa blancamente almidonada, con cuculillo arrollado, ciñéndolo en rededor un cabestrillo encarnado de seda catalana. El calzón era de pana azul, tomados los jarretes con cenojiles copiosos de lana fina de colores, dibujándose en todo lo largo del pernil la botonadura de alcañofillas de plata, que venían corriendo entre dos cordoncillos bordados de burato celeste. La faja era (también) encarnada, y un primoroso botín vaquero, aunque algo usado, cubría la pantarrilla cobijando el zapato, que era voltizo aunque airoso y bien corado, con tapas bien bordadas y sujetándolos con plantillas de correas, apuntadas con cada tres caliezas por banda, de broches de metal relucientes como el oro.

Este personaje, tan autorizado por este vestido lleno de majeza, cuanto por cierta deferencia que todos le tributaban, traía debajo del brazo, con aire gentil y desembarazado, una rica vihuela que no era preciso que cantase para conocer al punto que era natural de Málaga, e hija legítima de las primorosas e inteligentes manos del famoso y antiguo artífice Martínez. Tal guitarra era ancha en el fundamento, delineada a maravilla en el corte, el mástil llamándose atrás con gracia gentil, el pontezuelo de ébano, así como los trastes, las clavijas con ojele eran de granadillo y el clavijero de marfil, de donde colgaba en cintas blancas y rojas el moño o fiador. El instrumento era, pues, de toda orquesta, es decir, de a seis órdenes, y el encordaje de lo más fino, con bordonos sonoros o de argentería. Se conocía desde luego que era el órgano maestro de aquella catedral, el arpa druidica de aquel concilio, y el contrapunto y maestro de capilla que había de guiar y dar la entonación a todo el instrumental que allí se convocase. Al descender el mampirán de la puerta del jardín, el de la vihuela, —sacándola de debajo del brazo y trayéndola con la mano al costado derecho—dijo al que de más cerca le seguía, con voz catedrática y preceptiva, estas palabras:

—Te digo, *Filto*, que esa voz del Broncaño es fría y no de recibo; y en cuanto al estilo, ni es fino, ni de la tierra. Así, te pido por favor—en esto daba mayor autoridad a su voz, marcando mejor la entonación de imperio—que no camines por sus aguas, y te atengas a la pauta antigua, y no salgas un sacramento del camino trillado.

—Ya estaba yo en eso, *Señor Planeta*,—respondió *El Filto*.—Aunque me separe así y por allá alguna pizca de los documentos de la gente buena, en cuanto me hace señla la capitana, entro en el rumbo y me recojo al convoy.

Este *El Filto* formaba contraste por la sencillez de sus arcos con el alfilamiento del amigo *Planeta*, a quien ya conocen nuestros lectores. Una antigua gorrilla miliciana de las de manga azul y copa encarnada con escudete, se le ajustaba a la cabeza; pantalones altos de pretina y cortos de vuelo confinando por allí hasta el pecho y llegando por aquí apenas al comienzo del tobillo cubrían su persona, embutiendo un pie perfectamente descarnado y sin calceas en unos zapatillos muy averiados, y pasando los brazos y las espaldas por una chipilla tan encogida y angosta, que dejaba ver así los botones adonde se aseguraban los orillos amarillos que sujetaban los pantalones, como el movimiento de los onióplatos cada vez que se ponía en movimiento la persona de aquel buen amigo.

Ambos protagonistas tomaron asiento en el lugar más aparente de aquel anfiteatro, llegando en pos

de ellos, y tomando también lugar adecuado, larga comitiva de personajes, héroes, próceres y magnates, que por su aire señorial y contoneo, bien manifestaban el valor de sus personas y el crédito que alcanzaban entre contemporáneos, naturales y extranjeros.

Diremos que allí a la banda derecha se miraba a Julián, al Felpulo, al Nene, al Pintado, a Fortuna y al Isleño, con sus respectivas escuadras y clientes; al siniestro lado se parecían Listones, Longanizo, Malos-Pelos, Chivatin, Garfafa, Turulin, Holofuertes y Siete Cabezas con los suyos y allegados, y más cerca, y como en lugar de privilegio, se ufanaban altivamente, sin duda por sus circunstancias y habilidades artísticas, el Canario, Querubín, el Cañero, Callagloria, Parlerin, el Tano, Clarines, Esquilones, Campaniles, el Pardillo, Suavidades y Ruiseñores, con gran séquito de otros tocadores y cantadores que tomaban su apelativo y cognomento de esta o la otra singularidad de la voz, de la persona, o de algún dote particular de la figura o condición.

Allí se veía la solana y el manico sacristanesco y estudiantil transformados en chupa, mantita, y en capotillo alicortado: acá el doblán y ferruclero de búscar convertido en peliza de algún pillo del madero; a este lado el vestido corto de campo en contraste con uniformes de todo género, de todas armas y de todo regimiento, si bien de diverso corte y de encontrados colores, conformes, sin embargo, en ofrecer a la vista un aspecto venerable de veteranos e inválidos, con ésta y la otra amputación honrosa del faldón, de las mangas y del collarín. Allí se miraban descubiertas las cabezas o ceñidas sólo con el lazo y nudo de pañuelos y tocas de todos colores; por acá se veían los castoreños y calañeses del picador o del hombre del camino; por acullá la montera alta y manchega o la de cátreles y arramales; a esta mano el sombrero alto y de copa; por la otra el estache feo y sin adornos; por aquí y por allí el sombrero faldudo, ya tendido y a la chambergu, ya apuntado y de tricorno, de todo corte y de toda buena y mala estampa. Al ver tal diversidad y taracea de figuras y colores, sin estar más en la mano, se venía a la memoria aquella copla preliminar que sirve de introito e introducción a todo cantar y baile gitano, que dice:

*La capa del estudiante
Porque un jardín de flores,
Todá llena de reniciados
De diferentes colores.*

En el cuartel y andanada femenil, la variedad era menos desconforme, ajustándose en gran parte a la pauta general, y recibida de la belleza, y si acaso algo pudiera encontrarse en él de extraño y peregrino, aumentaba a lo picante y enrioso del cuadro. Cuatro matronas vistosamente vestidas y en años treintenas, cuando más, eran como las capitanas de aquel escuadrón mujeril. María de las Nieves, Tránsito, la Accidentes y Entrecejos se miraban de primera, dirigiendo con la vista—a par de ojos por habla, negros como la endrina—las hileras de gitanillas y muchachas bailarines y cantadoras que se agolpaban en su derredor con los palillos entre los dedos, con muchas flores en la cabeza, el canto y la sonrisa en los labios, el primor de la danza en los pies, y los movimientos y los pecados mortales todos en el talle y la cintura. Allí se miraban Perlerina, Suspiros, la Tirana, Remates, Encanta-glorias, Paraísos, Terciopelos, Trini, Pespunte y veinte más famosas por su canto y sus gorjeos, mientras acá se revibraban en los asientos o se columpiaban, saltando en el terrizo, la Triscante, Saltitos, Tresgolpes, Saleros, Corpiños, Zaranda, Sereni, Vendavales y Culebrita, la Rigorosa, y muchas otras mentadas y nombradas en la ancha Andalucía por su gracia y donaire en los bailes de la tierra. Fuera imposible dar cuenta cumplida y hacer retrato perfecto de cantantes y tantas cosas buenas y apetitosas como en aquellas mujeres se miraba.

Bastará decir, en cuanto a los vestidos, que todos los cambiantes del iris se empleaban en su textura y matiz; en cuanto a las figuras, que el negro más de ébano campeaba en las trenzas, en las cejas y en las pestañas de aquellas morenas y serranas; que la grandeza se admiraba sólo en los ojos y lo breve y recogido en tres cosas diversas, a saber: la boca, el talle y el pie, sin meternos nos-

otros en más onduiras y curiosidades. Muchos ramilletes en la cabeza y en el regazo, mucho aseó en la persona y calzado, y mucho derrame de gracia, donaire y sal por todas partes, completaban el conjunto personal y colectivo de toda aquella grey y comitiva, capaz por sí sola de poner en la anarquía más completa a los penitentes de la Telbaida, y de provocar las peticiones más extrañas en el Sínodo y Concilio más ascético y venerable.

Todo aquel concurso en plena audiencia y concilare solenne, como estaba, bien daba a entender, por su gesto y frases sueltas que aquí y allí se oían, que alguna ocasión alta y de enpeño era causa del consisterio, y que algo de grande y de estruendoso había de sobrevenir. Poco se tardó para abrirse de par en par las ansiadas puertas de aquel misterio. Fué el caso que, dando para señal, con airoso blandir del brazo, un estallido con la tralla, que asordó las orejas, el zagal Pingano, famoso entre toda la gente de galeras y calesines, y que hacía funciones de ayudante, callaron todos, y levantándose el Planeta, requiriendo antes el sombrero, llamándolo a los ojos, y pasando y repasando la mano derecha a rodo y contrapelo por los morros, como para abrir camino a sus palabras y elocuencia, dirigió al auditorio éstas o muy parecidas palabras:

—Gente buena, y no digo más; ello es que digo, como iba diciendo, que lo que aquí nos trae es eso mismo que todos decimos: que lo rico y bueno de todo ello es uno propio, ya venga del Poniente, ya de la banda de Levante; y no hay más que decir, que si lo legítimo y de buena cepa se separó y dispersó y anda por el mundo, *Undebeat* los junta y amanoja cada, como y conforme quiere. Y por eso mismo está de cuerpo presente en la ciudad de Madrid—que es más allá de Ronla—una bailadora *Nin-plus-ustrá*, que es de los nuestros y nuestra propia calidad y prosapia en todo su *drupllo* y en toda su ániwa, sin dudar en ello, y a declararlo así y a tenerlo por firme y valedero, nos vemos *achantados* y juntos aquí para *libanar* y escriturar en forma: ¡Tropa de acá! ¡Tropa de allá! ¡Galería de todas partes!—dijo volviéndose a uno y otro lado:—¿Os sabe y os acondiciona bien tal *manifacurá*?

¡Chachipé!, gritaron los unos, ¡Que si-qué! dijeron otros. “¡Bien nos sahel!”, exclamaron aquellos, y por doquiera resonaron y se notaron las muestras más inequívocas del común asentimiento.

—Pues entonces—prosiguió el Planeta,—que don Poyato haga de su mano, y que mence el oficio.

Al oír esto, todos volvieron los ojos a cierto paraje del patio, en donde el concurso más en piña y de montón parecía, y vieron enarbolarse, izarse y enastarse en alto una efigie magra, flaca, de muy cerca de seis pies de talla, que presentaba al público una cara inexplicable de malignidad y burlonería, confundiendo en ella lo sarcástico y lo truhán con los rasgos más finos de la inteligencia y con cierto gesto de bondad dulzaina y socarrona. El tal personaje era como hasta de sesenta años: lo enflantado y lo encanutado de su figura y el amojamamiento de sus carnes daban mayor apariencia a lo mayúsculo y encaramado de su estatura; y como los brazos eran tan descarnados y las piernas tan prolizas y largas, cuantos movimientos marcaba y señalaba, hacían recordar al punto el cominente y el talante de los gerbos del Retiro, siempre que marchan, se mueven y vuelven. Don Poyato se miraba casi calvo, y a remediar la desnudez del colodrillo, subían, como en red artísticamente entretejida, los tufos desacompañados y prolongados y canos que entapizaban todavía la parte inferior de la cabeza, sujetándose los cabos de esta red por un mordente o peñicillo de hueso negro en lo alto, para cobijar y alfofibrar el colodro, los temporales y la frente.

El traje que llevaba este varón insigne era una casaca que había sido negra, pero que el tiempo, único tinte que tiene imperio sobre tal color, la había transformado en mezclilla de mala especie. El corte era redondo, y en su pristino estado debió ser prenda de algún fiel de fechos, médico o alguacil mayor. Las mangas deshermanaban del cuerpo, y lo accesorio no era de la naturaleza de lo principal. Por ello, el manguil derecho era azul y muy holgado y angbo, al paso que el siniestro, que hubo

de ser muy angosto y de cerbatana desde su primer engendro y nacimiento, para que pudiera prestar servicio, estaba abierto por las costuras, dando así entrada al brazo. La manga quedaba así en bandola, corneando de una parte a otra a modo de manipulo, y como los aforros eran encarnados, siempre que se movía el brazo guadañil de don Poyato, semebaja un banderol de vigia que daba señales y consignas. Los calzones habían sido también negros, y ahora incalificables, sujetos por su hebilla ferruginosa a las rodillas, y encabestrándose allí con dos medias de estambre negro, con sus correspondientes marras, puntos y carreras, que dejaban entrever una piel curtida y denegrida, que valiera veinte pesos para culicetas y tapas de algún libro becerro de Ayuntamiento. Los zapatos estaban en toda regla, siendo de notar sólo cierta desagradable variedad, pues éste era chato y romo con hebilla clerical, y aquél de larga punta a la inglesa, con moños ajados de rilate. El sombrero era una alhaja: al principio se engendró para un juez de Audiencia de grado de Sevilla; después lo heredó un capigorrón de la iglesia de San Llorente; luego pasó a ser prenda de un alguacil de Juzgado; de aquí a formar parte de la guardarropía del teatro, en donde diáfanamente tomaba parte en la representación, ya de *El Vinatero de Madrid*, ya de *El Leñador Escocés*; ora en los entremeses del teatro antiguo, ora en los sainetes de Castillo y de don Ramón de la Cruz. De la guardarropía fué de donde don Poyato hubo y adquirió aquel venerable sombrero, que le hermosecaba, poniendo cima y remate a su figura peregrina.

Don Poyato, con el sombrero en la mano, paseó un saludo asaz cortés y comedido por todos los cuatrocientos cardinales del auditorio, y su boca, que era ni pizca más ni pizca menos que las que el señor Haya nos presenta en las láminas del país de las monas o los viajes de Wanton, demostraba con sonrisa perenne e inflexible la dentadura almenada, con que de verde, gualda y negro se guarnece.



Con efecto; aquel buen amigo pretendía, con su gesto benévolo y su ademán humilde, captarse el asentimiento y buena voluntad de la asamblea. Según el agrado con que todos le miraban y contemplaban, fácil fué conocer el buen logro de sus deseos y el interés que inspiraba, por lo que el presuntuoso orador o prolocutor, más animado ya, y enderezando un tanto la curvatura de sus espaldas y modulando la boca de esta y la otra manera, como herramienta que se requiere y ensaya para usar de ella en el trance inmediato y próximo, comenzó así a hablar, con voz cascadilla, pero penetrante y muy inteligible.

— ¡Inferno de hombres y gloria de mujeres; ¿queréis, deseáis y se os parece y antoja bien que se relate y lea el *discurso en cristión*, por nuestro Coronista en forma y Farante en ejercicio, dignidades ambas que en indivisible diptongo se juntan y confunden, enlazan y matrimonian en esta humilde persona?

— ¡Qué se delectee y decore; que se relate, lea y relea, con todos sus tildes, puntos y comas! — gritó a un tiempo todo aquella gatería.

— Pues si así es — dijo don Poyato, — allá va eso.

Y poniéndose el sombrero pando con aire algún tanto soliadesco, echó mano al propio tiempo al bolsillo hondón de la casaca, y sacó una cartera de a folio, algo mugrienta y aforrada en badana negra, leyéndose en el tejelete del tomo, en letra asaz curiosa y clara, estas palabras: *Historia del Marqués de Mantua y de los doce Pares*. Don Poyato abrió el cartapacio por lugar y registro determinado, y sobre papel de a todo folio, algo moreno y muy semejante al de saetía, escrito en caracteres bastardos y con mucho de rasguco, lazos y ringorringos, comenzó a leer de esta manera, paseando de tiempo en tiempo la cabeza, derramando la vista sobre el auditorio, y llevando el compás con la mano izquierda, puesta en acto de doctor sustentante que argumenta o distingue, mano acompañada inseparablemente del sosodichio brazo, a quien seguía tan de cerca aquel manguil abierto y hopaladero.

"Carta de veridat y albalá de naturalización Trianquesca que en son de Real Ejecutorio, firme y valdadera y en favor y gracia de cierta bailadora, que se pinta sola por alto y por bajo en la ciudad del Olén-del-Oclave (Madrid), ha librado y despachado el conclave, una, dos y tres veces respitable, de la gente legitima, buena y regular, grandes y chicos, granados y menudos, chas y ellos, cantadores y cantadores, convocarlos para el caso en lugar aparente y mediando las ceremonias, chasca, nueusillos y boato que en tanta y tal solemnidad es requerible y precisa: Atención y sonsoniche."

"Estando en los estrados de costumbre, juntos en uno, en consejo abierto, convocado a son de campana y jarro tañido, en día diputado y señalado para el caso, según es antiguo fuero y usanza en el pueblo y república de los hombres de verdad y mujeres de carne y hueso, tacto y contacto, puesto por cabecera y presidencia, en lugar de privilegio, el señor Planeta, conde y principe de la Cofradía, rey de los dos polos, e imperante en los calis de Sesé, acompañado y rodeado de todos sus chambelanes, senescales, maestresalas, mayordomos, escuderos, gentiles hombres y demás tropa y gavilla, y puesto todo a punto, e instruidos y bien cerciorados de lo que se trata, y con asesoramiento de personas de ciencia y conciencia, larga vida, mucho visto, más oído y aprendido, de muchas entradas y salidas, y de infinitud de noticias, historias, casos y sucesidos, todos con su propia boca dijeron: que se les ha hecho buena y circunstanciada relación, leal, legitima y de a ojos vistas y de innegable certitud, sin más dudar de ello, por viandantes, peregrinos, pasajeros, gente que va y viene, que oye, escucha y entiende, peritos en la materia y rematados en el arte, de haber aparecido en los *Madriles del Rey* cierta bailadora hija del aire, nietezuela del fuego, mapa del mundo, crema del licor, flor de la canela y remate de lo bueno, que por alto y por bajo, por liso y raso, por menudo y repicado, por lo cabriolin y trenzadillo y por los quiebres y requiebres, provocaciones y tentaciones de su cuerpecillo y cintura, es maravilla de la Na-

miraje, asombro de los nacidos, estimulante de la vida y sabroso mortificante de la carne, que vuela sin plumas, que quema sin candelas, que aparece y desaparece ligera como el pensamiento, triscadora, impalpable, aérea, divina, celestial, etc.

Y dichos señores, no dejándose llevar de voces vanas, ni de pronio y súbito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando e inquiriendo según la importancia del caso requiere, siempre salía y remanece lo mismo, pintipirado, a saber: que la dicha bailadora era cosa rica y grande; y no contentos con ello, nombraron personas diputadas y señaladas de su seno y grey, para que se llevasen ellas a sí mismas, y en brazos o en piernas se transportasen y portearan al sitio y lugar en donde se parecía y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe por escrito y de palabra de lo que viesen y entendiesen, resultando de todo mayor canonización, gloria y edificación; por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello, lo otro y lo de más allá, dichos señores dijeron.

Que por cuanto dicha bailadora tiene la estampa, y el corte legítimo de la tierra, retrepada y echada atrás, con sus debidos dares y tomares, y sus altibajos correspondientes en el cuerpecillo, cinturilla de anillo, pie de relicario, puntorilla de gran catedral, y de allí a los cielos, y a que los brazos son, si los despliega, las alas en la paloma, y si los enarca, las armas del dios Cupido; el pecho, bicarado de clavetes, y el cuello y la cabeza, como los de la garza, si mira al sol y luego a la tierra; atendiendo a que mide el suelo y hiende el aire con la majestad de corregidora, la gracia y la salubridad de la Gitanilla de Menfis; a que suena y tañe, pica y repica los palillos con rigor y hrio, salero y compás, como bailadora deprimada de rifas y festejos; a que lleva y trae el mundillo con vendaval y riguridades, con sus correspondientes temblores, molinete, estremecimientos y serenidades; a que da el paseo y hace la procesión con el hoato y la misma gala que la jura del rey y la festividad del *Corpus Christi*; a que sube y baja su zaranda como Dios manda, pidiendo a voz en grito harina y molina para su zarandillo y cedazo; a que se coge y encoge, dilata y desliza como anguila en el agua; teniendo en cuenta su manera de navegar y tomar y soltar rizos, que se emparesca y arrisca, echando juanetes y escandalosa, con flámulas y gallardetes, llegando hasta los cielos, amainando y arriando de súbito, quedando en facha, desafiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares; considerando que aquel braceo es de todo recibo, como de jardinera que coge rosas y flores, o gitana que lucha y baila con su propia sombra; mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de pies, que no los alcanzan los ojos, ni puede divisarlos el pensamiento del alma; a que con los susodichos pies escribe en el aire y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hacia los cuatro ángulos de la tierra, trayéndolos empero a su voluntad, como rayos que tiene *Undeibel* en la mano, a su verdadero centro y asiento debido; a que los juega y esgrime como maestro de espada prieta, que los escarcea y engaratusa, los haraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; a que los teje y trenza como los bolillos en manos de la encajera; a que fija el uno en la tierra tan firme cuanto el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve o lo recoge, y se convierte en el pájaro que hace la letra Y, o lo extiende y se hace reloj que señala desde las seis a las siete, y en fin, a que los bate y *desplega* como sus alas las aves y las mariposas, y su abanico las moznecas y las viudas; contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile pone cuanto condimento y especias son *convinentes*, sin omitir el comino y la alcarabea; a que toma tierra con gracia y asco, a que es puerca, ehazadora, galopante y lomo levantado; a que lleva los jaeces con rumbo, y a que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar más; dichos altos señores y atemorizadores de hombres fallaron en toda regla que debían declarar y declararon a la referida bailadora, mujer legítima de la tierra, serrana líquida

y trianera apurada por todos cuatro costados, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces y las demás necesarias en derecho, sin que nadie pueda venir en contrario, y que por lo mismo se la inscriba en el número de las primeras y decimones de la Hermandad, señalándosele aposento en el barrio de Triana como feligresa y colegiala, y haciéndosele ya repartimiento de sal por su derecho de vecindaje; entendiéndose que este repartimiento de sal no es el que pagan los Romanos, de *Sesé* por firmán del capataz *Moa*, sino que es el donativo de sandunga y salero que dan diariamente al mundo las mujeres de nuestro bando, para que se rocíe por todas partes y no mueran de desahorimiento los hombres, y que a ésta se la cargue la mano, que tiene mina de sales, y si da mucha, más le queda; se declara *asimismo*, que su personilla es la estampa de lo bueno, y corrala de molde para la historia de nuestros bailes, y que ni pizeca más ni pizeca menos fuera tan de recibo cuanto al presente lo es en propia esencia y potencia; que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que da y las suertes que saca, es lo que pinta soberanamente. Y se declara que de cintura a la zaga es la reina de todos los movimientos. Se declara también que, cual ninguna, pinta la Chacona y la Gambada, las campanelas de la Gallarda, y que el Vigía de Cádiz no tiene más señales ni las levanta más en alto que ella los pernils y *pindeles*; que si mata la araña con todo conocimiento y tilin, con gran primor y aseo, y valiéndose de la punta, luego con el calcaño desmenuza el mundo y trocara en cibera los perdigones; que hace el *bien parado*, y que juega a guardas y metedores como nadie; que finge el capoe con el trapo de sus sayas; que galea, ciza al torillo, entra y sale en jurisdicción, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontarse ni que-



dando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto; que llama los pollitos como la chueca nortona, que llamaba uno y salían veinte."

—Y yo cacareando—añadió entre renglones el señor Poyato, dando a su gesto, siempre en sonrisa, cierto gracejo de endiablada galantería, paseando de nuevo la vista por todo el concurso, como pidiendo venia y asentimiento;—y yo cacareando, repetitivamente.

Pero considerando que tal exclamación no concordaba bien con la autoridad y severidad del acto, apagó el resplandor y regocijo lascivo que asomaba a su rostro, y prosiguió al momento, alzando la voz para hacer olvidar su desmán:

"Y se declara asimismo que da las pavitas de Roma como paje de Cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés, pulido, prusiano, perillito y puntero, según y conforme es útil y se necesita al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarillo, muy pitero y con mucho gancho en la retrechera; que en el cuico parece que va al calacuerda, y que es sonsacador, provocativo, *curioso* y con mucha fuerza de chupe que hace la tijera con soberano poder, como en *flabica de cravos* y capaz de cortar a errón la cabeza de una criatura, y esto aunque tenga turbante; que tiene el mero muy suave, y que no hay más que tenderle la manta; y por final y postre, se afirma, falla, sentencia y ratifica que en la *sota de bastos* es para matarla, y que en el *remargue* parece la *Rial* de España que iza bandera, que en la culebrilla y sierpe enreda y effie al prójimo por la cinturilla arriba con los huesecillos y coyunturas y que si se regocija y rebulle y toca a aleluya, parece sábado de gloria que hará repicar todos los campanarios del mundillo y disparar todas las baterías del sentinillo.

"Se le previene a la dicha bailadora que de hoy más se tenga por tal serrana líquida y trianera reconocida, haciéndose guardar las franquezas y privilegios de tal, sin sufrir cosa en contrario, mirándose obligada a vestir siempre saya corta, justillo ceñido y mantellina blanca o negra, cogida por la oreja con aire recio y de desenfado; se le advierte que ha de confirmarse el nombre, tomando el de *Mulera, Lola, Currilla, Trini, Carmela* u otro por el estilo de nuestra propia cosecha y trapío, calendario y abminaque y martilogio, pues el de *Virginia* es de mal agüero y siempre acaba mal, amonestándola que si toma don Cuyo no se llame *Pablo*, que suena a bobón y para poco, sino que se nombre *Paco, Goro, el Chano, Jusepón, Tobolo* u otro así, que con los de esta laya podrá accidentarse, pero nunca ahogarse; se la hará entender que por su buen derecho, propia autoridad y saludable efecto de esta declaración, puede andar y campar sola por toda la jurisdicción de Sevilla, entrando como ama y saliendo como Reina en *Torreblanca*, venia de *Eritaña, Macarrina, Tomores* y demás sitios famosos de este cerco de tierra, recibiendo agasajos, tomando yantares y desperdiciando *hebia* y licores, sin estar obligada a pago alguno de hospedaje *peazje* y *ponjazgo*, haciendo sobrada satisfacción con echar dos *riales* de sus movimientos, si es que se los piden y ella viene en ello por voluntariedad de su gusto; que tal ha sido, es y será siempre el privilegio y juro que en esta banda tienen los cuerpecillos buenos y reconocidos. Cuando vaya a *Mayrena, Rocio* y feria de *Santiponce*, será la primera en romper el baile, y será llevada y traída en las carrelas endoseladas al lado de la médica y de la Mayordoma de la Hermandad; se pregonará y hará entender a todo hombre de camino, ya vaya franco o ya de carguío, que la dé grupas siempre que las pida, llevándola como en urna y bajo dosel adonde ella quiera y señale; pagándola el gasto, y siempre con mucho miramiento y muchísimo aquel, sin atropellarse en nada, y siempre por la buena; y si ella observa mano oculta y mar de fondo, que largue un bofetón de categoría y arremeta a la cara trayéndose leña entre las manos, y siga el camino, que si el terremoto arceja y ella dice *¡favor a Carmela!*, las *aristas del campo* se trocarán en *jaurías* de hombres como erizos, que la harán más *sigura* que en el Consistorio. Y se la amonesta que

compunga la boca en esto del habla, que las malas compañías en que ha andado de gringos y de gabachos, suelen tropezar y salen a medio bautizar las palabrilas; y para que en esto entre en ringla y punta, se da comisión en forma al *Solitario* para que la arregle y concuerde la lengua como en tales casos acontece, encargándole al delegado que la ejercite y adiestre en la acentuación de la jota y en la pronunciación de aquellas palabras mayúsculas que son la llave maestra del idioma: que en desempeñar su comisión con buen fruto y lucimiento, adelantará en merecimientos mucho el delegado y se le tendrá en cuenta, y esto aparte de los emolumentos, gajes y adelantos personales que ella quisiera satisfacer hecho el ajuste cuerpo a cuerpo, sin mediar chafán ni corredor. Y, últimamente, se manda que de esta ejecutoria y albalá de fallo definitivo, se saque copias y testimonios, derramándolas por el universo mundo para edificación de los nacidos y *curdicia* de aquellos y aquellas que tengan buena sangre y quieran venirse a nuestra banda. Y se enviarán copias en pergamino a nuestros hermanillos de Xerez, los Puertos, Utrera y Cádiz, Córdoba, Málaga y Ronda, para que al propio tiempo de hacerse en la materia y de enterrarse, la archiven en lugar correspondiente, poniéndolas siempre a salvo de las garfias de los señores de la Amortización, por si viene chubasco de supresiones, desarmes y esas cosas que andan. En fuerza de lo cual así lo dijeron y firmó el que supo en la ciudad de Sevilla, orillita del río, vispera de la Señora Santa Ana, de todo lo cual—y se destocó de nuevo el señor Poyato con aire de sumisión—yo el Secretario de esta Gobernación y de esta cámara doy fe".

—Caterva de hombres y columenilla de mujeres—dijo levantándose el Planeta mirando a todas partes—; ¿os parece bien la relación y letra menuda del *Faraute Poyato*, y si así es, admitis y tenéis por vuestra, para defenderla y malarse por ella como perros rabiosos, a esa *Pon de ciclo*, antes *Virginia* y ahora llamada por nuestra confirmación y potestad buena y rebuena, la rubilla *Carmela*?

—¡Aprobado y admitida y bautizada!—gritaron a una voz en diversas entonaciones las muchas y diversas gentes de aquella admirable grey—. Todo aprobado y más firme—añadieron—que las murallas de Cádiz y el Peñón de Gibraltar.

Entonces el señor Planeta dijo:

—Pues si así es, allá va mi firma.

Y metiendo la mano en la faltriquera del calzón, sacó una tabletilla con mango de hueso, en la que de estampilla y de manera inversa había esculpido el nombre del presidente el hábil punzón y escoplo del carretero *Penantes*, muy diucho y perito en escribir, y, sobre todo, muy variado. En las nueve letras de las palabras *El Planeta* se encontraban seis caracteres diversos, y los que eran de la propia laya tenían la amena variedad de ser los unos minúsculos y los otros versales. El presidente sacó, en efecto, su sello, y con ademán de importancia y autorizado, lo cubrió de tinta, estampándolo en seguida en el papel, que reprodujo la firma *El Planeta*, cuya estampilla contempló con indecible placer por un instante aquel diestro pendolista. Después añadió:

—Tropa: llegad, jurad al uso del día, y firmad, que así *ganaréis la vida*.

Y así fue que todos iban llegando y estampaban con mano ministerial, por lo vacilante, tales figuras y visiones, que a poco parecía el papel traslado fiel del arca de Noé, o trasunto de un cuadro de las tentaciones de San Antonio.

En tanto, cierto agradable bullicio y cierto sonoro estruendo se parecía y oía por todas partes, y era que la orquesta se preparaba y el banquete no estaba lejos. En efecto: al lado de la vihuela maestra se iban colocando otras guitarras de menos alcance, una tiorba con teclado corrido, dos bandurrias y un disecante de pluma, todo punteado y rajado por manos diestras e incansables por extremo. Dos muchachos manejaban los platillos engendrados con sendas planchas de veloneros, y un chicuchín que fué un tiempo de la banda del regi-

niento de Ecija, y dando el tin-tán con la ayuda de cierto antiguo tamborilero de los batallones de Marina, ponían la corona al instrumental. El alboroto y algazara cundió por todas partes como pronunciamiento bien motivado, y los vivas, y las salvas y el repique de los panderos y sonajas, y el trino de la prima y el discante, y el eco y dejó de los bordones, y los mores, los estribillos y las coplas, no dejaban vacío en el aire ni descanso a los oídos. De tiempo en tiempo se escuchaban estas palabras: ¡Bien venida sea la flor de la gracia! ¡Viva la rubia Carmela! ¡Yo es nuestra como la carnegilla de nuestros huesos! ¡Hagámosla la Emperadora del aire y Condessa de toda esta tierra! La zambra en tal punto, se dejó entrar por las puertas del zaguan cierto pajeillo de pocos años, si de muchos harapos, y que si no mostraba gran riqueza en ellas, llamaba la atención por lo natural y fresco de sus libreas, que casi eran todas de cuero y carne, a pique siempre en sus movimientos de brotar y rebosar la ejecutoria de su sexo. El tal perfilán, dando una vuelta sobre un pie como para jugar a la concojita, y teniendo presente sin duda lo del romance en quintillas de Moratín: "Hincó la rodilla y dijo":

— Si de aquí y de allá se ha congregado la gente de prosapia para coronar a la perla bailadora, ¿se le antoja también a este conclave que arriben, vengán y lleguen de Cádiz y allende el mar, no la estrella de guía, ni los tres Reyes Magos, sino la estrella de las gitanas y los Magos y Reyes de los movimientos y circunstancias, para traer su feudo y tributo de adoraciones y contentamientos al caso que aquí se constituye?

La cateria iba, sin dudar en ello, a dar su asentimiento por los diversos diapasones que ya conocemos, cuando don Poyato, enprolongándose desde su asiento y poniendo en feria de nuevo su figura, dijo:

— ¡Pues no han de entrar! Y pido y suplico que se nombre comitiva y acompañamiento de buena acogida y recibir: que ella es, sin poder ser otra, la Dolores y su comparsa de Espeletilla, Enriqueillo, el Granadino, la Mosca y demás zarandajas.

— ¡Pues que entren! — dijeron todos.

Y entrando que entraron, se dejó ver de capitana y adalid la muchacha anunciada por don Poyato; y en verdad que era ella un tipo acabado de su raza y su país. Bella y gentil en la persona, era su color soberanamente bronceado y negros los ojos y rasgados con muchísima intención y fuego; el pelo no hay que mentarlo, negro también como el cuervo, y, como zingaro, seguido y flácido; la boca albeando con una dentadura de piñones blanquitos; el tallo suelto y ágil a maravilla, y los pies de la mejor traza, así como el arranque de las piernas, que, en lo que dejaron ver luego sus estalles y campanetas, pregonábase de gran morbidez y perfecto perfil. En las mudanzas y vueltas de la rondeña y zapateado estuvo de lo más apurado que puede verse; pero en tocando que llegaron a los éxtasis y últimos golpes de la yerba-buena, las seguidillas y la Tana, fué cosa para vista y admirada, que no para presta aquí en relato. Ello es que el Planeta, el Billo y toda la asamblea, clamaron en unísono y conjunto: "que había mucho de novedad y no poco de excelencia en tal bailadora, todo de manera que la ponía y encimaba sobre cualquier eucarecimiento, salvo, empero, si era en contraste con la rubilla Carmela, a tal punto aclamada y admitida por reina del donaire y de la gentileza, y quede esto, añadieron, así sabido y asentado."

Por nuestra parte, vamos al capítulo de los cantares, que en esto si que podremos adjudicarle el primer punto y merecimiento. Entre las cosas que cantó, dos de ellas sobre todo fueron alabadas. Erase una la Malagueña por el estilo de la Jabero, y la otra ciertas coplillas a quienes los aficionados llaman Perteneras. Cuantos habían oído a la Jabero, todos a una la dieron en esto el triunfo, y decían y aseguraban que lo que cantó la gitanilla no fué la Malagueña de aquella célebre cantadora, sino otra cosa nueva con diversa entonación, con distinta caída y de mayor dificultad, y que por el nombre de quien con tal gracia la entonaba, pudiera

llamársela Dolores. La copla tenía principio en un arranque a lo malagueño muy corrido y con mucho estilo, retrayéndose luego y viniendo a dar salida a las desinencias del Polo Tobato, con mucha hondura y fuerza de pecho, concluyendo con otra subida al primer entono: fué cosa que arrebató siempre que la oyó el concurso. Tocante a las Perteneras, son como seguidillas que van por aire más vivo; pero la voz penetrante de la cantora dábanles una melancolía inexplicable.

El tiempo andaba entretanto, y el festejo se encendía cada vez más, y era que, como velada de Señora Santa Ana, todo el barrio de Triana, iluminado como una hoguera, cantaba, bailaba y se daba perdidamente al placer y al regocijo. La numerosa y escogida cofradía con quien también nos hemos contentado y regocijado nosotros, para aumentar tanto rebalo y estrépitoso alegría y dilatar más la hora de vivísima algazara que aquella noche trae consigo siempre en Sevilla, no tuvo más que trocar el sitio de su sesión, sacándolo de la casa consabida y traspasándolo al ancho ámbito del Arenal y cercanos huertos y melonares. Allí volvió a enredarse la fiesta, el baile y los cantares, dando también cada uno de por sí aventajada muestra por su persona Ezpeletilla y los demás continuos y familiares de la Dolores; sólo se notó que el poder central de la vihuela maestra se había debilitado mucho, puesto que aquí y allí, al son de otros instrumentos emancipados del centro común y en derredor de ellos, se formaban y aparecían otras ruedas y bailes, de donde se separaban en seguida otros grupos y coros menos numerosos, que al fin se apartaban y dividían todos en parejas silenciosas y furtivas, que iban a esperar el alba por debajo de los limoneros y olivares. Dejémoslas, pues, en tan beatífico estado, y digamos con el señor Poyato: "allá va eso".

